

PA7297

.23

BZ

BUSCADOR DE ORO

EN CALIFORNIA

por el Sr. J. M. ...

Es propiedad del editor.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Biblioteca Universitaria  
Capilla Alfonso X

### EL BUSCADOR DE ORO EN CALIFORNIA.

#### PROYECTOS PARA LO FUTURO.

La tarde tocaba á su término, y empezaba á cubrir con su oscuro crespon el pintoresco pueblo de Cosne situado á las orillas del Loira. En una casa de modesta apariencia, al extremo de una sencilla y alegre sala acababan una comida frugal una amorosa madre y sus dos hijos, y charlaban dulcemente en tanto que se entretenían en desgranar algunos racimos de una trasparente y dorada uva.

En torno de ellas parecia reinar la calma y la mas perfecta tranquilidad: la estancia simplemente artesonada, no contaba con mas adorno que dos ó tres retratos de familia, un grabado representando la adoracion de los pastores, y unos cuantos muebles de

002853

moda antigua, pero recomendables por su limpieza y cuidado. La mesa estaba colocada junto á una ventana abierta que servia de marco á un ruiseño paisaje. Desde allí se descubria el Loira deslizándose sus verdes aguas por en medio de los viñedos y de los campos que ostentaban la mas portentosa vegetacion: sobre la otra orilla las encendidas y numerosas fraguas donde se fabrican las anclas destinadas á la marina francesa y donde se veian de perfil los negros rostros de los herreros que se desvanecian después sobre el fondo encendido del horno: escuchábase en medio de la calma de la tarde el ruido de los pesados martillos, y el silbido del líquido metal; y al mismo tiempo para formar pronunciado contraste, resonaba en los floridos campos el sencillo lamento del labrador que conducia sus caballos al cortijo.

El sol habia descendido ya al ocaso, dejando tras sí un reguero de brillantes nubes vestidas de magníficos colores: levantábase en el oriente con regia majestad la plateada luna, cercada de las cortesanías estrellas colocadas sobre un cielo limpio y azul.

—¡Qué hermosa tarde! exclamó la señora Berthaud; y con qué comodidad estamos aquí! El dulce aroma de las rosas de Bengala que ha plantado Fernando bajo la ventana sube suavemente hasta esta estancia.

—En efecto. . . . Y yo estoy loco de contento, mi querida mamá, de que tan ligero adorno os haya agradado tanto, porque tengo decidido empeño en ha-

ceros lo mas agradable posible esta mansion donde corre nuestra existencia. En la primavera colocaré algunas enredaderas al rededor de esta ventana á fin de que esté guarnecida de verdura.

—Eso será encantador.

—La idea no me pertenece: es hija de la imaginacion de Octavio.

—Mia ciertamente, dijo con tono negligente el hermano menor. Es menester buscar los medios de pasar los dias lo menos mal posible.

—¡Ah queridos míos! exclamó la buena madre con la mas viva efusion de reconocimiento: ¡cuántos motivos tenemos de tributar gracias al Ser supremo!

—Os contentais á poca costa, querida mamá. ¡Tanto mejor! respondió Octavio con una sonrisa triste y algo desdeñosa.

—¿Pues qué mas puedes tú apetecer? ¿No tenemos una casa propia, una honesta independencia, buena salud, agradable paz y consoladora amistad? Ve ahí á Fernando que acaba de pasar de empleado á la fundicion real con mil doscientos francos. Tú mismo estás en buen camino, y dentro de dos años serás del taller. Esta casita nos pertenece; y gracias á vosotros, hijos míos, se está volviendo encantadora... Nuestro jardin es sin duda el mejor cultivado del pueblo. . . .

—Fernando ha fundado en él su vanidad, respondió Octavio sonriendo.

—Yo no trato de defenderme; pero es muy grato embellecer la casa en donde está uno obligado á vivir.

—¿Tú no deseas segun eso abandonarla nunca? dijo la anciana.

—¡Ciertamente que no! Mamá ha expresado mis sentimientos: nosotros somos dichosos, y lo seremos aun mas en lo sucesivo: nuestro bienestar irá en aumento á medida de nuestra instruccion: seremos cada dia mas útiles para todo, y espero que dentro de algunos años, nuestra querida madre podrá satisfacer todos sus gastos que son bastante moderados, y su laudable beneficencia no se verá restringida como se ve al presente por las escasas proporciones de nuestro presupuesto.

—¿Y á tí te satisface este género de vida....? Yo.... yo la encuentro soportable; pero algunas veces, lo confieso, desearia otra cosa. Nuestras faenas son bien áridas: nuestras utilidades demasiado módicas y nuestros goces en extremo mezquinos....

—¡Ah, no prosigas....! ¡Mezquina esta admirable naturaleza que arrebatá nuestra vista! ¡Mezquinas esas encantadoras flores, donde estudiamos su admirable estructura! ¡Mezquinas las obras literarias de Bossuet, Racine, Chateaubriand que gracias á su poco costo están al alcance de nuestros bolsillos....! ¡Mezquinas nuestras tiernas y patéticas ceremonias

de la Iglesia....! ¡Mezquina en fin nuestra amistad....! ¡Ah! hermano....

Octavio alargó la mano á Fernando y respondió:

—Todas estas cosas tan excelentes serian aun mucho mejores, si gozáramos de mayor abundancia; mas ya que la Providencia no lo quiere así, me resigno con su divina voluntad; y la real fundicion no tendrá un servidor mas activo y delicado que yo. Y para probarte que estoy de acuerdo en tu proyecto, mañana te ayudaré á arreglar tu parque de tulipanes y jacinthos para la próxima primavera; y acabaré el dibujo representando santa Teresa, la patrona de nuestra amorosa madre, que destino después de tanto tiempo al aposento de mamá.

La anciana señora se sonrió á estas palabras; y dando á sus hijos el beso de adiós de la noche, contestó:

—¡Oh! sí; amados niños: bendigamos nuestra suerte: bendigamos á Dios que nos la ha proporcionado. ¡Cuántos envidiarían lo que nosotros desdeñamos! ¿No somos bastante dichosos?

—Nosotros sí por tener una madre tan buena; dijo Fernando.

—¡Y yo porque tengo dos hijos tan cariñosos!

de la España... y que las cosas las impertinencia para llevar la vida y la libertad a un hombre, que es una miseria, poniéndola en el camino de un mortal para su eterno, una carta que no ha tenido siempre un destino como para toda alma sensible.

La madre de Octavio tenía que la carta en la mano cuando entró en casa y se la entregó en el instante y el su deber en la de Octavio cuando su

## II.

### LA CARTA.

Dos ó tres días después de la conversacion anterior trajo el correo una carta bastante voluminosa dirigida á Octavio; pero como en aquel momento se hallaba en la fundicion, recibió su madre la misiva no sin algun sobresalto; y herida como de un funesto presentimiento miraba el pliego con tristeza.

La infeliz se figuraba que aquella carta era portadora de alguna gran desgracia, y examinaba sucesivamente ya el sello, ya el sobrescrito, y ya los dobleces, sin encontrar quietud en su corazon. ¡Una carta de otro país que puede contener entre sus dobleces el

dolor ó la alegría, y que atraviesa los imperios para llevar la dicha ó la desgracia á un hombre, que camina misteriosa, ocultando quizá el destino de un mortal bajo su sello; una carta, repito no ha tenido siempre un lenguaje conmovedor para toda alma sensible? . . . .

La madre de Octavio tenia aun la carta en la mano cuando entró su hijo, á quien se la entregó en el instante; y él sin detenerse, la leyó entremezclando su lectura con algunas exclamaciones entrecortadas.

Paris, 28 de octubre de 1854.

“Mi querido amigo:

“Una dichosa circunstancia parece que se prepara á realizar los votos de fortuna que tantas veces habíamos hecho, y cuya realizacion parecia imposible; porque el trabajo es un árbol que crece lentamente, que no da su fruto sino en la vejez, esto es, á la edad en que ya es imposible disfrutar, y las especulaciones son un juego en que se aventura á la vez el honor y el bolsillo.

“La fortuna que yo te propongo, no es ofrecimiento de venturas irrealizables: no se exige para conseguirla mas que un trabajo de algunos meses, quizá solo algunos dias: un sencillo trabajo que será recompensado con dichas sin cuento. Esto es con los re-

presentantes de los bienes de la vida: en una palabra con el oro que se halla á flor de tierra, en los arroyos y en los rios de Californias, de este nuevo Eldorado, de donde las riquezas se derramarán como en otro tiempo del Nuevo Mundo sobre el viejo. Allí, querido Octavio, nos esperan los tesoros. De albañil, de infeliz artesano, ó ayudado de cualquier instrumento grosero se labran grandes fortunas en barras ó en oro en polvo. Los Estados-Unidos, toda la América se halla conmovida por este oro, producto maravilloso de un lugar ignorado por tantos siglos. La Inglaterra y la Francia no tardarán en ver partir numerosas cohortes de trabajadores que extraerán de las entrañas de la tierra hasta la última partícula del precioso metal. Apresúrate, pues, antes que la California esté en moda: apresúrate á partir y á recoger sus riquezas, con las cuales conseguirás un buen puesto.

Los resultados que te anuncio parecen fabulosos; pero he aquí algunos hechos positivos, irrecusables, y que apresurarán quizás tu decision. Cuatro mil buscadores de oro recogen en un dia cerca de cincuenta mil dollars (271,000 francos). Dos hombres cavando un sulco de un metro en cuadro, han ganado 92,142 francos: los obreros europeos ó indios, empleados en lavar el oro, ganan cerca de 542 francos al dia: siete hombres que trabajaron siete semanas, excepto los domingos, sobre el rio Teather, han reco-

gido doscientos setenta y cinco libras de oro puro, ó sea 381,568 francos. Otro trabajador mas favorecido, por una ocupacion de un cuarto de hora, extrajo de una roca una barra valiosa en 3,468 francos. . . . ¿Qué respondes á este guarismo espantoso? ¿Cómo resistir á este mágico atractivo de la fortuna, es decir, de la dicha y de la libertad, cuando para adquirirla, no es menester mas que un poco de energía que todos los días la gastas en los trabajos áridos? Tú no partirás solo, si mi salud, por tanto tiempo quebrantada, me permite hacer frente á un clima peligroso, soportar grandes fatigas, y hacer cara á un trabajo tan lleno de ansiedad y de fiebre. Mas tú, á quien el cielo ha concedido juventud y fuerza, no dejes escapar esta favorable ocasion: de los audaces es la fortuna, y jamás se te presentará mas fácil ni mas pronta.

Adiós: tuyo de todo corazon tu amigo

ENRIQUE CLUSAYE."

Octavio quedó pensativo reflexionando en el contenido de la carta de su amigo. Era Enrique de un espíritu ardiente y dispuesto á cualquier empresa, lleno siempre de vastos proyectos á cual mas imposibles, de irrealizables deseos, sin que en sus pensamientos y en sus proyectos se propusiera otro fin que los bienes materiales de la vida. Habia sido condis-

cípulo de Octavio en el colegio de minas, y ambos habian sacado en la educacion pública de nuestros días tan seductora para la inteligencia como vacía para el corazon, una sed sin límites de riquezas y de felicidad. Cuando entró Fernando encontró á su hermano en el jardin mirando con la mas alta indiferencia y distraido, todo lo que le rodeaba, y volviendo á leer la carta con un aire ardiente y meditabundo. Octavio se la entregó inmediatamente á su hermano, quien después de leerla despacio la dobló, y se la devolvió sin manifestar la menor sorpresa.

—Y bien! ¿qué dices tú de eso? exclamó Octavio.

—Yo digo que dentro de algunos años el valor del oro bajará, contestó friamente Fernando.

—¿Eso es todo?

—Digo aun mas; y es que si la América prospera recogiendo barras de oro en las arenas de California, llegará á formar una excepcion á la regla general establecida y confirmada por la experiencia, que dice que la busca del oro no ha sido considerada jamás como una ocupacion ventajosa, y que la única fuente cierta para la prosperidad de una nacion, es un trabajo asiduo y constante, aplicado de una manera inteligente. El oro no constituye pues, la verdadera opulencia de un país, sino un débil símbolo de ella.

—¡Dios mio! ¿Quién te habla de economía políti-

ca? Yo no te pregunto sino lo que piensas respecto á esto, para tí. . . . para mí?

—¿Para mí? Que yo no tengo el menor afán por hacerme buscador de oro; de enriquecerme por un juego de chiripas. . . . que prefiero la dicha que llegar paulatinamente, y con la cual me familiarizo á la riqueza fundada sobre mi cabeza como un torbellino, sin dejarme el juicio expedito de mis facultades. ¿Y tú mismo qué piensas?

—Yo no tengo tu filosofía: yo pienso que la fortuna no es una teja que nos rompe la cabeza, y que la felicidad de la vida merece muy bien alguna fatiga y algun trabajo.

—¿La felicidad! ¿Y es esta la felicidad?

—Cada uno la entiende á su modo; y tú mismo convendrás en partiendo conmigo, que la ventura puede encontrarse reunida á la riqueza.

—¿En partiendo? . . . ¿Luego tú piensas partir?

—Sin duda alguna. Todo me convida á ello: soy jóven, tengo algunos conocimientos particulares, y no despreciaré el magnífico porvenir que se presenta á mis ojos. . . . ¡Oh! ¡esto seria ofender á la Providencia! Permanece si quieres en el lugar que has elegido: yo iré á adquirir para nuestra madre la abundancia de pasados tiempos, y para nosotros los placeres de la vida. Sí, dentro de un año, si vivimos. . . . sabremos lo que valen los bienes para la existencia.

—¿Y no lo sabemos ahora, hermano mio?

—¡Nosotros, desheredados!

—¡Chiton! ¡ingrato! Quizás en medio de la prosperidad á que aspiras, echarás de menos nuestra casita, nuestros cómodos trabajos, y las horas de reposo que nada viene á turbar. . . .

—Nada es capaz de desviarme: está tomada mi resolución. Fernando, esta carta me ha señalado el camino.

—¡Quiera Dios que no te engañe tu corazón!

LA PARTIDA.

La desdichada madre quedó consternada con la idea de una partida violenta que destruía los planes que la infeliz se había formado: los proyectos de vida pacífica que iban á gozar los tres juntos para siempre y que inundaban su alma de una dicha inefable. No podía conformarse ni con la impensada partida, ni con la larga ausencia, ni con la distancia que la iba á separar de su amado hijo, ni con la incertidumbre de su vuelta. ¡Pero sus temores no fueron comprendidos! ¡Sus tímidas objeciones hallaron poca simpatía! Octavio atrincherado sobre la razon humana que



exclama sin cesar "*¡enríquécete! ¡elévate! ¡sé el primero!*" replicaba á su madre con inexorable impaciencia; y su corazon, animado por violentos deseos y por la ambicion de riquezas, no comprendia ni las lágrimas ni las angustias maternas. Sus mas dulces, sus sentimientos mas puros se encontraban embotados. ¡Triste y primer efecto de la sed de oro!

Llegó por fin el dia en que era preciso partir, sin que Octavio hubiese manifestado ni por un momento, el deseo de mudar de resolucion. Abrazó cordialmente á Fernando que estaba triste y enternecido, y se arrojó después al cuello de su madre exclamando: "Querida mamá, yo deseo ser muy rico á fin de que vos lo seais tambien.... Tengo esperanzas de volver muy pronto.... no lloreis, pues.... porque seremos dichosos juntos...."

—¡Ah! ¡no lo somos ya! Pero toma, añadió la señora Berthaud, dejando resbalar un papel enrollado en la mano de su hijo: he ahí un poco de dinero para pagar tu pasaje, ya que te has resuelto á partir.

—¿Qué es esto, madre mia?

—He vendido algunas alhajas, mis anillos, mi cadena, porque temí que no tuvieras suficientes fondos...

—¡Gracias, gracias, mamá: yo te compensaré todo esto con objetos mucho mas exquisitos y de mas valor.... ¡Adiós, ahora....! ¡Adiós, hermano mio....! ¡Adiós, querida madre!

La pobre anciana no pudo acabar. Fernando se

vió precisado á sostenerla en sus brazos, mientras que Octavio subia en la diligencia que permanecia junto á la casa: hizo al grupo inconsolable la última seña de despedida, el carruaje torció el ángulo de un camino, se escuchó algunos momentos el ruido de las ruedas en la silenciosa campiña, y la señora Berthaud volviéndose hácia su hijo Fernando que la contemplaba tristemente, exclamó con voz lastimosa:

—¡Todo se ha acabado para mí....! ¡Ha partido....!

Octavio llegó á Cherburgo, donde halló un buque en franquía para la costa setentrional de Méjico; y lleno de esperanza sin pensar en el pasado, se embarcó para un viaje tan largo y penoso.

No me detendré á describir las fatigas de la travesía; la monotonía de la vida á bordo, la invencible tristeza que se experimenta á la vista de esta soledad imponente, uniforme de la mar y del cielo; las incomodidades de un estado tan comprimido: el tedio de una comunicacion íntima y forzosa con extranjeros: ni me detendré á pintar la alegría que se apodera de nuestros viajeros al descubrir la tierra, los cuales miran salir de entre las olas las verdes cimas de las Canarias: ni el paso de la línea tantas veces descrita donde se suceden con tanta rapidez los aires frios sumamente agudos á los vientos contrarios del Cabo de Hornos; ni menos los peligros y la dureza de este viaje que los osados europeos no lo hacen sino para

esplotar en aquellas comarcas en cuatro siglos que van trascurridos las riquezas, patentizando de esta manera que el oro es un don bastante fatal, sino que salvando rápidamente esta enorme distancia, nos trasportaremos con nuestro héroe al suelo de la California, objeto de su ardiente codicia, y de sus continuos deseos.



IV.  
LA CALIFORNIA.

La California se divide en dos provincias muy diferentes. La *baja California* forma una larga península, extendida entre el Océano Pacífico y el mar Bermejo. Es país montuoso, sin cultivo en su mayor parte y estéril por la escasez casi completa de agua que la fertilizara. Sus pueblos que son muy pocos decaen cada año de importancia y de población, ni se ocupa en otro comercio que vender algunos víveres á los buques balleneros.

La *alta California*, situada al Norte de la península, está lindando con el Oregón, el Océano Pacífico, la *baja California*, el mar Bermejo, y el estado de Sonora perteneciente á Méjico. Está cortada por